

TEATRO

Jaume Melendres

Con plantilla y sin equipo

Título: Nines de plata, stritis de nata...

Estreno: Cúpula Venus.

Presenta: Can Boter.

Música: Orquestrina Sardínet.

Intérpretes: Anna Vidal, Joan Armengol, Paco

Rodríguez, Vicente Alberola, Miquel Gelabert,

Pirjo Silfer's, Núria Fàbregas.

Escenografía: Tomàs Atienza, Marià Pedrol.



Mequito Pacheco

El cabaret es como los dioses: todos lo han visto en imagen pero casi nadie en vivo. Nuestra cultura cabaretera es todavía más cinematográfica que nuestra cultura teatral, lo cual significa que es básicamente norteamericana. Pero estamos convencidos de que los mejores cultivadores del género son los alemanes, sobre todo los de Munich. Y dado que el cine siempre nos ofrece números antológicos, somos muy exigentes con este género y sus cultivadores.

«Nines de plata, stritis de nata...» no satisfará a estos radicales entusiastas del género. Es un espectáculo lleno de imperfecciones. Pero sirve —y es el fin primordial del cabaret— para pasar una noche agradable, con músicas ligeras, algunas coreografías discretamente sincronizadas, algún chiste bueno entre muchos malos, algún contacto humano. Si se tratase de un poema y no de un espectáculo, diríamos que nos hallamos frente a un borrador, con faltas de ortografía cabaretera, con numerosas tachaduras, algunas manchas de tinta. Pero es un borrador que ya se puede leer, que se puede ver. La historia del cabaret, mucho más que la del teatro en general, se ha hecho a base de borraduras. Por acumulación de experiencias.

Por supuesto, ello no debe servir de coartada. Miquel Gelabert, que ejerce de presentador, está —si se nos permite el eufemismo— muy flojo en recursos. Pero al menos se sobrestima, lo cual es mucho mejor que subestimarse. Anna Vidal, por ejemplo, es mucho más consciente de sus posibilidades actuales y esto se notaría más si los músicos (que, por cierto, tocan

bien) no fuesen tanto a lo suyo y rebajasen a la mitad sus decibelios para dejarnos oír las canciones de la actriz. Lo que más molesta del espectáculo es esta impresión de que con algo más de esfuerzo (y tal vez de dinero, por supuesto) hubiese sido infinitamente mejor. Nadie ha cocinado bien ingredientes que, en general, y tomados de uno en uno, resultan perfectamente aprovechables. Como en el Barça, se observa aquí un problema de entrenador. Alguien que convierta en equipo la plantilla y consiga algo más que el empate consigo mismo. Si sólo (¿sólo?) quieren pasar la noche sin sentir después nostalgia por su dinero, aprovechen las últimas representaciones de este cabaret.

Viaje a

Título: Ball del Sant Crist.

Representaciones: Temple Parroquial de Salomó (Tarragona) los días 6, 13 y 20 de mayo a las doce del mediodía.

Reserva de localidades: Tel. 602050, extensión 21, de Salomó.

Texto: Marçal Martínez.

Coreografía: Francesc Comes.

Espacio escénico y vestuario: Taller Laboratòria d'Escenografia del Institut del Teatre, curso 1972.

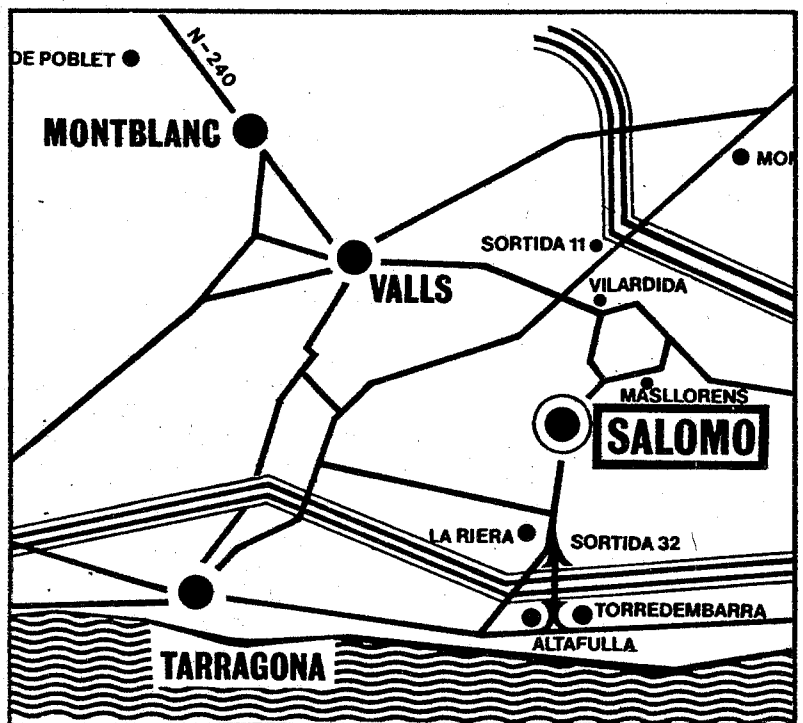
Salomó, población del Tarragonès pero con vocación de Alt Camp, situada a diez kilómetros de Torredembarra, tiene dos tesoros ignorados por muchos catalanes: su paisaje (algarrobos, puntillistas sobre lomas suaves y marítimas) y se «Ball dels Sant Crist». Es un punto casi virgen en el mapa de este teatro religioso y popular que sigue teniendo en Esparreguera y Olesa, o viceversa, sus polos de atracción más multitudinarios.

Pero no se trata, en este caso, de una maratónica Pasión sin relación directa con la vida local. Salomó tuvo milagro propio; lo vivió, en el siglo XVI, uno de sus burgueses, llamado Josep Nin, cuando, al trasladarse a Argel para comprar el

trigo que había de paliar el hambre de sus convecinos, encontró en tierra infiel una imagen de Cristo en la cruz, y se dispuso a rescatarla pagando su peso en monedas de plata. Al llegar a la moneda número treinta, el fiel de la balanza se inclinó, sin respeto alguno hacia las más elementales nociones de la física. Milagrosamente, dieciséis siglos después de su evangélica subasta, Cristo mantenía la cotización pactada por Judas. Venganza cristiana.

Lamentablemente, sólo Josep Nin había presenciado el hecho portentoso. ¿Lo iba a repetir el cielo en el lugar donde había levantado una capilla a la imagen? Los salomonenses confiaron más en las virtudes de la tramoya que en la buena disposición divina. Y con razón: ¿acaso el teatro no es, también, un hecho portentoso?

De este modo, se repite cada año (con algunas interrupciones coyunturales) el doble milagro: el pesaje de Cristo en la cruz y el de una pequeña colectividad que se vuelca, entera, a su escenificación. Es problema, incluso, que muchos de los cincuenta actores (encabezados por su alcalde electo, en el papel principal) no crean demasia-



Un punto desconocido en el mapa teatral.